



Los papas del Concilio

Juan XXIII (1958-1963) Pablo VI (1963-1978)

Cuando se cumplen cincuenta años del Concilio Vaticano II, es un buen momento para detenerse a recordar a los dos papas que lo hicieron posible.

Ciertamente, un acontecimiento como este, que transformó la vida de la Iglesia y la hizo más fiel al Evangelio y a la vez más cercana a los hombres y mujeres de hoy, fue fruto del trabajo, la lucidez y la respuesta atenta a las llamadas del Espíritu por parte de un gran número de cristianos: en primer lugar, los obispos que participaron en él; pero también todos los que en años anteriores prepararon aquel camino de renovación, y los que durante el Concilio lo apoyaron con sus aportaciones a tantos niveles o con su seguimiento ilusionado y su oración.



El papa Juan XXIII con el cardenal Montini, futuro papa Pablo VI

Pero igualmente cierto es que sin la decisión y el empuje del papa que lo convocó, Juan XXIII, y del papa que lo continuó y lo concluyó, Pablo VI, el Concilio Vaticano II no habría tenido lugar.

Por eso, pues, vale la pena recordarlos, y vale la pena dar gracias a Dios por ellos y por todo lo que realizaron al servicio de la Iglesia.

Juan XXIII

Juan XXIII fue elegido papa el 28 de octubre de 1958, y murió en Roma, rodeado de la emoción y la estima no solo de los creyentes sino también de muchísimos no creyentes, el 3 de junio de 1963.

Se llamaba Angelo Giuseppe Roncalli y había nacido en Sotto il Monte, en el norte de Italia, el 25 de noviembre de 1881, de una familia campesina. Entró en el seminario en 1892, y en 1901, por su capacidad, fue enviado a Roma para finalizar sus estudios. Allí se graduó en teología y cultivó su interés por la historia.

Ya sacerdote, fue profesor en el seminario de Bérgamo y secretario del obispo de la diócesis, Giacomo Radini Tedeschi, un obispo fuertemente criticado en su momento por su apoyo a los obreros en huelga.

En 1921 el papa Benedicto XVI lo llamó a Roma para que presidiera el Consejo Italiano de la Obra Pontificia de las Misiones. Cuatro años después fue ordenado obispo y nombrado nuncio en Bulgaria y después visitador apostólico en Estambul. En estos lugares, además de visitar y animar las comunidades católicas, trabajó para establecer buenas relaciones con los cristianos ortodoxos y con los musulmanes y, durante la Segunda



Juan XXIII, en una visita pastoral a Ankara

Guerra Mundial, ayudó a los judíos perseguidos por el nazismo.

Terminada la guerra será enviado como nuncio a París, y en 1952 Pío XII lo nombrará patriarca de Venecia y cardenal.

Allí desarrollará una activa labor pastoral hasta que, a la muerte de Pío XII, será elegido papa. Tiene ya 76 años, es mayor, y todo el mundo piensa que será un papa de transición después de un pontificado tan relevante como el de su antecesor.

Pero aquel nuevo papa con aspecto de campesino es un hombre de fe viva y de notable inteligencia, y ve claro que la Iglesia necesita ponerse al día. Por eso él, personalmente, iniciará en Roma una acción pastoral llena de calidez y de proximidad y, a la vez, ante la sorpresa de todos, el 25 de enero de 1959 convocará el Concilio Vaticano II, que él mismo inaugurará el 11 de octubre de 1962. Los dos discursos de aquel día, el de la mañana en la basílica de San Pedro, y el del anochecer en la plaza, serán el gran programa de la renovación. Como lo será también la encíclica *Pacem in terris*, dirigida a todos los hombres de buena voluntad y publicada el 11 de abril de 1963.

Juan XXIII fue beatificado el 3 de septiembre del 2000. Su fiesta se celebra el día 11 de octubre.

Pablo VI

Pablo VI fue elegido papa el 21 de junio de 1963, y murió en la residencia papal de Castelgandolfo el 6 de agosto de 1978, después de 15 años de pontificado durante los cuales se culminó el Concilio Vaticano II y se puso en marcha su aplicación.

Se llamaba Giovanni Battista Montini y había nacido el 26 de septiembre de 1897 en Concesio, al norte de Italia, hijo de un abogado muy comprometido en la vida política y eclesial. Estudió en el seminario de Brescia y, una vez ordenado sacerdote, continuó sus estudios en Milán y en Roma, hasta que en 1922 se incorporó a la Secretaría de Estado del Vaticano, donde desempeñó numerosas tareas de responsabilidad, lo que le aportó una visión muy amplia de la realidad tanto eclesial como política.

En 1954 fue nombrado arzobispo de Milán por Pío XII, e inició una etapa de acción pastoral que lo llevó a mantener contactos con toda clase de sectores, y a adquirir un sólido pensamiento que resultó fundamental cuando llegó el momento de ir creando las ideas básicas de la reforma conciliar.

A la muerte de Juan XXIII, y como casi todo el mundo preveía, fue elegido papa y enseguida tomó la decisión de



Pablo VI, saludando a la multitud

continuar el Concilio. De hecho, todos los documentos conciliares se aprobaron durante su pontificado. Pablo VI marcó el Concilio siguiéndolo muy de cerca, y a la vez realizando gestos que señalaban

una línea de ecumenismo, de búsqueda de diálogo, de deseo de una Iglesia más sencilla: el año 1964, por ejemplo, comenzó con el encuentro con el patriarca Atenágoras en Jerusalén; en agosto publicó la encíclica *Ecclesiam suam*; en noviembre renunció a la tiara... Un momento clave de su pontificado fue el 7 de marzo de 1965, cuando se implantó la reforma litúrgica en toda la Iglesia, haciendo la celebración cristiana más cercana, más comunitaria, más rica. De hecho, nuestro misal lleva su nombre: el Misal de Pablo VI.

Hay que decir, también, que Pablo VI sufrió notablemente ante determinadas situaciones eclesiales de la época posconciliar, lo que le provocó, al final de su vida, un cierto tono pesimista. Y sufrió todavía más con el secuestro y el asesinato de su amigo el político italiano Aldo Moro, que fue encontrado muerto el 9 de mayo de 1978. Cinco meses después murió él. Actualmente está en marcha su proceso de beatificación.

Oración de acción de gracias por los papas Juan XXIII y Pablo VI

Te damos gracias, Dios nuestro, Padre nuestro,
por los papas Juan XXIII y Pablo VI.
Ellos, los dos, supieron escuchar las llamadas del Espíritu
y pusieron todo su esfuerzo y todas sus capacidades
al servicio de hacer que la Iglesia, tu Iglesia,
fuera un signo vivo de tu amor:
un signo para todos los que formamos parte de ella
y buscamos en ella tu rostro,
y un signo para los que, desde fuera,
buscan también una luz que les ayude a caminar
y quieren trabajar por un mundo en el que todos podamos vivir
como hermanos,
con paz, con justicia, con libertad, con dignidad.
Dios nuestro, Padre nuestro,
te damos gracias por estos dos hombres tan diferentes
que tú nos diste para que guiasen tu Iglesia;
dos hombres que son ejemplo de fe y de confianza en ti,
de amor y de fidelidad a Jesús y a su Evangelio,
de docilidad al Espíritu que los invitaba a actuar.
Dios nuestro, Padre nuestro,
te damos gracias por Juan XXIII y por Pablo VI,
por el Concilio Vaticano II que ellos hicieron posible,
y por la Iglesia que ellos tanto amaron.

